

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 7, Diciembre 1998

Grand Central

Mireya Robles

pp. 46-47

Grand Central

Mireya Robles

SE escribe un poema en prosa. En las paredes, en la alfombra. Las letras van cayendo en el apartamiento vacío y en un premeditado descuido se alargan flexibles, voces visibles, las vocales abiertas de tu nombre. Tu nombre... tu nombre... tu nombre... Y el cansancio de mi voz sueña la realización de tocarte. Sueña, sueña, el sueño, sueño. Tu mano pegada a la ventanilla y el sonido del motor que me separaba de ti. Grand Central. El movimiento del tren. La noche fría y misteriosa. Se alejaba la plataforma. Y tus pasos... y tus pasos... Tomarías el metro, el subte, y en la cuarenta y dos, el shuttle, shuttle-train en el vientre de la tierra. Salida-exit, las escaleras, el aire frío de la calle, respirarías bocanadas de sombra. Tu mirada un tanto triste, buscaría la estación final, Port Authority. Tu autobús-autocar, hacia el oeste. El túnel, tu pueblo. Mi tren seguía dando pitazos en la noche. Hudson Line, buscando las aldeas del norte. Las luces de neón demasiado brillantes para la nostalgia de mis ojos. A mi lado, una mujercita rancia, anticuada, como salida por sorpresa de un antiguo baúl. Despedía un desconcertante olor a naftalina. Una boina desteñida, una pluma en la boina. Los dientes protuberantes. Un hoyuelo en la comisura del labio. Se sonreía a menudo y la sonrisa se le marcaba en el borde de los ojos, como si hubiera cometido una diablura. Que había mucha gente en el tren y yo que sí, que había mucha gente. Que trabajaba al cruzar la calle, al otro lado de Grand Central. Que era muy fácil tomar el tren; sólo atravesar la calle. Que podía tomar el tren de las 6:20 pero tomaba el de las 8:30 porque su trabajo se hacía demasiado interesante y no podía dejarlo. Que se absorbía y se apegaba en forma tal a su trabajo que le era literalmente imposible dejarlo. Y yo que en qué consistía su trabajo y ella que llevaba libros y que los números la transportaban. Que le resultaba difícil irse de los números pero que además era poeta. Que el poeta debe escribir claro y sin enredos, como el poemario de cincuenta páginas que ella escribió sobre un cana-

rio y una canaria que tuvieron varios pequeños canarios. Y cómo el canario y la canaria enseñaron a los pequeños canarios a volar y los pequeños canarios volaron de la jaula. A vivir su vida. Y que la casa editorial donde envió el poemario dijo que a ellos no les interesaba la ornitología. Y que lo envió a una sociedad que sí se interesaba en pájaros y le dijeron que no les interesaba la poesía. Y que por esto no se había publicado el poemario. Y yo que si ella escribía poemas de amor y ella que diez en honor de su difunto esposo. Me pareció raro oír que se escribieran poemas en honor de alguien y se me antojó imposible que en aquellas carnes secas hubiera penetrado el amor. Y ella, que además de los diez poemas al difunto le había escrito cincuenta poemas a un enamorado que tuvo por cuatro años pero que hacía un año ya que no le veía. Y yo midiendo la sequedad de su carne y las líneas marcadas de su rostro, aquel pellejo que desgadamente cubría sus huesos y me era imposible asociar aquel tragi-cómico-traste-antiguo con el amor. Y yo, que también era poeta y que escribía extrañas narraciones y ella, que ella sabía que mis narraciones eran oníricas y me enseñó los dientes —hoyuelo en la comisura del labio-chispa-sonrisa— en el borde de los ojos y yo que sólo algunas eran oníricas y ella que ella tenía cientos de poemas y algunos los había publicado en una revista que solía editar hace años, de la Asociación de Tejedores y que algunos miembros de la asociación la felicitaron por sus poemas, pero otros no. Y que ella no tiene un título universitario porque quién lo necesita. Y yo, que yo lo necesito a pesar de mi alergia a los títulos universitarios. Y ella que todo es culpa de la burocracia y yo que sí. Y ella que había asistido tres años a la Escuela de Medicina pero no siguió porque quién necesita un título: que se queden con él. Pero que sí trabajó unos meses en un hospital con pacientes que tenían problemas mentales y yo que si era analista y ella que no, que les enseñaba a tejer cestas de mimbre y yo que por qué lo dejó y ella que los pacientes la

Escritora cubana, residente en los Estados Unidos y Sudáfrica. Autora de dos poemarios, *Tiempo Artesano* (1973) y *En esta aurora* (1976); en narrativa ha publicado *Hagiografía de Narcisa la bella* (1985) y acaba de aparecer su novela *La muerte definitiva de Pedro el Largo*.

querían y que querían aprender a tejer pero todo por culpa de la burocracia. Y yo que qué le hizo la burocracia y ella que sobre todo las enfermeras y que ahora estaba bien con los números y que sólo tenía que cruzar la calle. Y que había sido una gran alegría haberme encontrado en el tren, que nunca se sabe. Pero que tenía que bajarse en Riverdale. Y que cuál era mi nombre y lo pronunció varias veces y que ella se llamaba Cecile y se quitó el guante y me dio un apretón de manos y se bajó antes de llegar a Riverdale.

La estación de Scarborough estaba fría y solitaria. Al salir del tren miré a mi alrededor buscando otros pasajeros, pero nadie más se había bajado. Reconocí mi carro estacionado en la zona de aparcamiento y al entrar en él sentí una extraña sensación de vacío. Me vino a la mente la desolación que había dejado atrás, en Grand Central. En aquel café-bar. La luz amarilla en el rostro. La lámpara abierta sobre mí, como una flor. Y mi sonrisa, amarga. Aquella carne sin sabor, el té sin aroma. La ensalada abriendo hojas superfluas, como de cera. Como si nada de aquello fuera capaz de pasar la función normal de digerirse. En las sienes, un martilleante dolor, apretándome, atenazándome el pensamiento. Al otro lado de la mesa, tu presencia se diluía anticipando nuestra separación. Fue el momento en que la mirada y las voces dejaron de ser comunicación. Inútil ensayar palabras que se

empeñan en rodarse hacia el cansancio de platos vacíos. Inútil la sonrisa que no va más allá de un gesto mecánico. Quisiera ser distinta para ti. Quisiera fabricar un rincón privado donde no alcances a intuir mi transformación, el gesto sombrío que me acompaña en tu ausencia. El rostro cerrado, el tenaz martilleo en las sienes, la sonrisa abortada. Todo esto debía pasarme a solas, en la misma salvaje intimidad en que un animal evacua sus intestinos. Sentí un poco de vergüenza ante esta anticipada transformación que se produjo delante de ti, cuando regresé a la primera década del siglo y me escurrí en la carne-yeso de una pintura metafísica.

En mi apartamento, me esperaba el silencio. La mesa de hierro, blanca, formando hojas al aire, sencillas, como empotradas en un friso. Sobre el cristal, los dos candelabros. La cena. Aquella cena. Y en tus ojos, la luz dorada de las velas. Túnica azul. Y tu belleza, tocada de magia. Me serenó pensar que aquella

noche había podido transmitirme una felicidad que no habías sentido nunca. Y que, quizá, eso sirviera de compensación, de equilibrio, por esta muerte que te había dejado esta noche. Quise reducir el tiempo durmiéndome temprano. En el sopor de la noche, tu estudio-atelier, tu estudio de Manhattan. Un caballo. Los cascos, rompiendo los cristales. Un jinete, tu padre, tú. El caballo solo. Y tú, flotando en el espacio. El piso-barranco se abrió y cayó el caballo al abismo y tú, sin caer, sentiste el golpe de tu caída, como alguien que va, velozmente, hacia el centro de la tierra y seguías flotando entre los marcos y el caballo en la zanja, decapitado, y la cabeza, con las bridas entre los dientes, expuestas como en una exhibición, entre los cristales, adornando la ventana. Mis ojos abiertos.

Un sudor lamiéndome la espalda. La penumbra de mi habitación. Y en mi voz enronquecida, las vocales abiertas de tu nombre.

Las tres de la tarde. Las cinco de la tarde. Las seis de la tarde. La voz del anunciador transmitía reportajes con vibraciones metálicas. Me pregunté si darían alguna noticia sin importancia: hora y fecha de algún discurso de Gerald Ford. O alguna noticia desgarradora como el terror que causó el ejército de gusanos que marchaba escaleras abajo en una casa de apartamentos del Bronx, después de recorrer las carnes podridas del anciano que había muerto desde ha-

cía quince días. Una de las autoridades públicas se encargó de llevarse el cadáver, pero ninguna quería responsabilidades en la tarea de fumigar el apartamento. Entrevistas y quejas de los vecinos hispanos: inútiles. No volví a oír nada más. No sé qué harían con los gusanos... "La temperatura, 30 grados. Posibilidades de nieve. Humedad, neblina". La pantalla de 19 pulgadas. Noticias importantes. La imagen en blanco y negro. Un saco plástico. Varios policías. Manhattan. Frente a la lavandería de un chino. Un cuerpo descuartizado. La cabeza separada del cuerpo. Y los miembros, atados en una soga de nylon. No hay sospechosos, pero sí alguien que se empeña en declararse culpable. Antes de acercarse la cámara, fui reconociendo la boina con la pluma encajada, la sonrisa protuberante y el júbilo infantil en el borde de los ojos. "Cecile, basta con que me llamen Cecile". Y continuaron interrogándola con aire de condescendencia.

